

nada para su grande corazón: dos meses y medio permaneció en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, dando ejemplo de observancia religiosa, entregado al ministerio del confesonario de día y de noche á los enfermos que llamaban, segun la costumbre de las casas de la Compañía; y manifestando tal apacibilidad en su trato, tal igualdad de carácter y tan bellas prendas, que era generalmente amado y reverenciado, especialmente por la juventud jesuítica que allí se educaba. Faltábale al P. Miguel dar otro ejemplo de su espíritu jesuítico: el Padre Provincial señaló al P. Miguel para las misiones de la California donde se hallaban otros Padres Alemanes de su misma Provincia, lo que era consuelo para él; pero el P. Visitador General de las misiones, le mandó la asignacion para las de Tepehuana, destinándole á la de Nabogame, lo que obedeció el P. Miguel con todo rendimiento á pesar de lo aislado que iba á quedar de sus paisanos: sacrificio que le premió el Señor, concediéndole que cuando la partida á su destino se le diera un compañero de su misma patria. El viaje del P. Miguel fué una verdadera mision, celebrando diariamente, predicando y confesando en los pueblos ó haciendas donde llegaba, y llevando las fatigas del camino con tal serenidad, que asombraba á cuantos lo miraban. Llegado á la Mision de Nabogame, dedicóse con el mayor fervor á la instruccion de sus neófitos: enseñábales diariamente la doctrina cristiana, exhortándolos á dejar sus vicios y pecados; asistía constantemente á la fábrica de la Iglesia y las casas de la Mision: presidía á las siembras y á los telares que se habian establecido: visitaba á los enfermos y los curaba de sus enfermedades, valiéndose del escrito que para uso de los misioneros habia dispuesto con bastante acierto el H. Juan Steineffer, coadjutor aleman, que habia pasado á la América: vijilaba la conducta de los indios, y no limitándose su celo á ellos, solía ir de vez en cuando á algunas poblaciones de españoles circunvecinas á prestar los mismos servicios espirituales: á veces emprendía camino por lugares muy fragosos, llenos de precipicios y desiertos á buscar familias de gentiles, que halagadas por él, las conducia á su Mision para aumentar el número de sus neófitos. El P. Miguel parecia no descansar: su caridad fraternal lo llevaba tambien á las Misiones inmediatas cuando era llamado por los otros Padres sus comisioneros: de manera que puede decirse que estaba en continuo movimiento y que por todas partes se hallaba: su liberalidad era suma, hasta llegar á partir sus escasas cosechas con los pueblos más miserables: para él nada habia propio, todo era comun; y tal era su empeño en servir á los necesitados, que acontecia que saliendo á algun negocio por aquellas montañas con los indios que lo acompañaban, si los veía tiritar de frio y rodeados de algun tizon para calentarse, él mismo iba á buscar leña entre la nieve para atizar el fuego y guí-

saba la comida á sus compañeros. En fin, no hubo virtud en que no sobresaliera el P. Miguel: su humildad, paciencia, mansedumbre, penitencia y demás virtudes religiosas y sacerdotales, le adquirieron el título de ángel y el amor de cuantos lo conocieron, y sobre todo, de sus indios, que lo amaban y reverenciaban como á su padre y pastor. Tantos trabajos agotaron las fuerzas del P. Wirz; pero sobreponiéndose á su debilidad y á la multitud de achaques que padecia, disimulaba todos sus padecimientos y cuanto le era posible resistía las órdenes de los Superiores para que volviese á México á curarse. Pero al fin recibida una orden terminante del Visitador de las Misiones, para que en el acto que recibiera su carta se pusiese en camino, aunque el correo lo encontró en la cama enteramente postrado de fuerzas, hizo que lo vistieran y le calzaran las botas para emprender el viaje; mas vió que ya no estaba para otro que para el de la eternidad, y así se hizo descalzar; y sin otra tribulacion que la de dejar abandonados á sus hijos, murió con la muerte de los justos, siendo de edad de 49 años, 5 meses y 23 dias, de los que pasó 25 y cerca de medio en la Compañía, profeso en ella de cuarto voto.

Otro célebre misionero de la California falleció el mismo año, aunque ignoramos la fecha. Este fué el P. Segismundo Taraval, natural de Lodi, ciudad de Lombardía, donde lo tuvo su padre D. Miguel Taraval, teniente general de los reales ejércitos de S. M. Católica. Al volver ese caballero á España, llevó consigo á su hijo, el cual á los diez y ocho años de edad entró en la Compañía de Jesus en la Provincia de Toledo. Cuando estudiaba filosofía en Alcalá, impulsado del deseo de emplearse en la conversion de los gentiles, pasó á México, y concluidos sus estudios fué enviado á la California, llegando á Loreto destinado á la mision que se proyectaba de Sta. Rosa en Mayo del año de 1730. Como cuando llegó á la California habia algunas graves dificultades que vencer para plantar esa Mision, fué mandado primero á la de la Purísima que dejó el P. Tamaral. Despues de 1732 se le encargó la de S. Ignacio, mientras su Misionero el P. Sestiaga hacia como Superior la visita de todas las otras misiones. Pocos meses despues de su llegada á Kadakaaman se le presentaron algunos indios habitantes de unas islas del mar Pacífico, á suplicarle que fuese á su país á visitar y hacer cristianos á sus parientes. Resolvió darles gusto, pero remitió antes algunos exploradores á que se informasen de las disposiciones de aquellos isleños, y entre tanto hizo algunos pequeños preparativos para el viaje. Habiendo salido de Kadakaaman, caminó seis dias por la costa hasta un cabo desde donde se veían las islas, de las cuales la más cercana distaba casi siete leguas. Para navegar aquel trecho, no teniendo embarcacion, formó una balsa con los leños que allí se hallaron. La primera isla llamada *Aseguá*, ó sea isla de los pájaros, apenas tiene media mi-

Isla de largo; es estéril, falta de agua y despoblada; pero hay en ella una gran cantidad de pájaros, por cuyo motivo le pusieron los indios aquel nombre: la caza de los pájaros atrae allí á veces á los indios del continente y aún á los de las otras islas. Estas son, Huamalgua, más fértil que la anterior, y distante de ella más de cuatro leguas y es la única habitada: hay otras cinco á distancia de ocho á diez leguas, llenas solamente de núbrias y lobos marinos, á las que también van á cazar los indios. A vista de esto el P. Taraval se resolvió á que los habitantes de Huamalgua, que eran pocos, se trasladasen á Kadakaaman para instruirse y bautizarse, á lo que no fué difícil inclinarlos, con excepcion de un guama, el cual se opuso de tal modo, que todos habian resuelto dejarle solo en la isla, pues ni aun su mujer queria quedarse; mas viendo él que todos se iban, se determinó á acompañarlos, aunque de mala gana. Habiéndose embarcado en sus balsas, se vieron obligados por una tempestad á refugiarse en la isla de Asegua, en donde estuvieron algunos dias sustentándose con mezcal. Cuando se tranquilizó el mar se armaron á la Península, y navegando tierra á tierra, vieron en algunos bancos muchos lobos marinos. El guama, que aún iba muy disgustado en aquel viaje, queriendo matar un lobo se echó á la agua y se fué á nado hácia los bancos; mas al volverse porque los lobos habian huido, fué cojido por un tiburón: con sus extraordinarios esfuerzos habia conseguido desprenderse de los dientes de aquella horrenda bestia; más volviendo ésta á cojerle con mayor fuerza, se hundió con él y no volvió á ser visto. La pérdida de éste infeliz causó grande pesadumbre al P. Taraval; pero sirvió para afirmar á aquellos gentiles en su buen propósito. Habiendo llegado á Kadakaaman, fueron éstos bien instruidos y bautizados, y renunciando á su patria se agregaron de buena voluntad á la Mision.—La conversion de éstos isleños no fué el único fruto del celo del P. Taraval en los meses que gobernó la Mision de San Ignacio, pues á principios de 1733 por sus caritativas invitaciones vinieron tres tribus de gentiles de lugares muy distantes; las dos de los países mediterráneos, y la tercera de la costa Oriental junto al cabo de S. Miguel, y ésta vino toda sin exceptuar á los viejos y enfermos. El P. Taraval los recibió amorosamente, los instruyó á todos y bautizó á algunos; todos los restantes fueron bautizados por el P. Sestiaga, que habiendo vuelto á Kadakaaman de su laboriosa visita, continuó sus trabajos en aquella Mision con tanto fruto como celo, ayudado por el P. Fernando Consag.—Libre ya el P. Taraval del cuidado de la Mision de S. Ignacio por el regreso del P. Sestiaga, salió en el mismo año de 1733 á plantar entre los pericues la nueva Mision de St^a Rosa, cuya fundacion se habia frustrado hasta entonces por algunas dificultades. Se plantó, por fin, no en el Puerto de las Palmas como se quería, sino en el pueblo de Todos San-

tos, distante media legua del mar Pacífico. Este pueblo que antes pertenecía á la Mision de la Paz, habia sido habitado por guaicurás; pero habiéndose despoblado despues, tanto por la enfermedad que privó á muchos de la vida, cuanto porque otros se fueron á vivir á otra parte, se establecieron en él desde 1731 varias tribus de pericues, con los cuales dió principio el P. Taraval á su Mision. Halló á aquellos gentiles muy dispuestos á causa de las visitas que les hacían los misioneros de la Paz, de Santiago y de S. José del Cabo. Al principio tuvo que sufrir graves contradicciones de parte de algunos indios obstinados en su vida bestial, por cuyo motivo no quiso licenciar á los tres soldados de Loreto que le acompañaban; pero trabajó tanto y se dedicó de tal suerte á ganarles el afecto, que en menos de un año bautizó la mayor parte de los párvulos y adultos de su distrito, y al cariño de éstos debió haber escapado la vida en la rebelion general de aquella nacion, en 1734, de que habla el P. Alegre en su lugar correspondiente, y en que fueron sacrificados al furor de los bárbaros los Padres Lorenzo Carranco, natural de la ciudad de Cholula de la Diócesis de Puebla y Nicolás Tamaral, de Sevilla, que por diez y ocho años habia trabajado en la California, fundando dos Misiones nuevas. Afortunadamente el P. Taraval tuvo noticia á tiempo de aquellos sucesos por algunos de sus neófitos, testigos oculares de la muerte de aquellos misioneros, y aunque deseaba tener la misma suerte, se creyó obligado sin embargo en aquellas circunstancias á poner en salvo su vida y la de sus soldados, y á impedir que las cosas santas fuesen profanadas por aquellos sacrilegos, y por estos motivos se dirigió inmediatamente á la Mision de la Paz en compañía de los dos soldados, y se llevó los vasos sagrados y todo lo que pertenecia al culto divino. Quitó también de la Iglesia de la Paz todas las cosas que podian ser profanadas, y de allí pasó en una canoa á la isla del Espíritu Santo, donde permaneció hasta que habiendo recibido de Loreto socorro de gentes y víveres, se trasladó á la Mision de los Dolores con toda su comitiva, tanto para asegurar la Mision amenazada también por los conjurados, cuanto para conferenciar con el P. Guillen acerca de los medios de restablecer la tranquilidad y las cuatro misiones perdidas. Luego que los conjurados supieron que el P. Taraval se habia escapado, volvieron su encono contra los neófitos de Santa Rosa, y cayendo sobre ellos de improviso mataron veintisiete. De aquí nació entre unos y otros una larga guerra, que les causó recíprocos estragos, como en el tiempo de su gentilismo. Así pasó trabajando con mucho celo veintiun años en diversas misiones de la California, empleando en el estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, como lo habia acostumbrado toda su vida. En 1751 fué á residir á Guadalajara, capital de la llamada antes Nueva Galicia, en donde en los doce años

que allí permaneció, fué siempre consultado de toda clase de personas por su mucha sabiduría y erudicion en las materias teológicas y canónicas. En su muerte acaecida en 1763 dejó muchas obras manuscritas, de las cuales se conservaban doce volúmenes en la librería de aquel Colegio: segun entendemos se contenian en ellas muchas noticias muy curiosas de la California, especialmente sobre ciencias naturales.

Por el mismo año perdió la Provincia otros distinguidos sujetos, como los Padres Manuel Clavijero, hermano del P. Francisco Javier, Ignacio Coronina, José María Casati y Juan Antonio Baltasar, los dos últimos Provinciales y todos operarios incansables de la viña del Señor: entre los misioneros faltaron tambien los Padres Ignacio Keller, Francisco Javier Wagner é Ignacio María Nápoles, cuyas cartas edificantes no han llegado á nuestras manos, pero que ocupan un lugar distinguido en la historia general de la Provincia, del P. Alegre, en la particular de las Misiones de Sonora y California, y de que hace mencion el P. Juan Luis Maneiro en la obra que escribió en Bolonia en 1792, con el título: *De las vidas de algunos mexicanos*, de la cual tomarémos mucho en el discurso de esta continuacion.

Pero no podemos dejar de consignar á la posteridad la memoria de un ilustre Jesuita, apóstol de la Tarahumara y cuya fama de santidad y milagros aun se conserva viva en esos lugares por una no interrumpida tradicion de padres á hijos: éste fué el P. Francisco Herman Glandorff, de quien se escribió una difusa Carta edificante al año siguiente de su muerte, y de cuya vida ejemplar y portentosa recojió no pocas noticias el apostólico Obispo de Durango, el Illmo. Sr. Dr. D. José Antonio Zubiriá, en los mismos sitios que fueron teatro de sus gloriosos trabajos en la conversion de las almas. Nació este venerable Padre en la ciudad de Osnabruck, en Alemania, en 1687, de padres muy distinguidos y cuyos ascendientes por su nobleza eran Senadores titulares de aquel gobierno oligárquico: desde niño fué muy virtuoso y de tanta caridad con los necesitados, que se le llamaba en tan tierna edad, padre de los pobres; y ya mayor, cuando estudiaba, era tal su arreglo de costumbres, que entre los que lo conocían no se le daba otro título que el del estudiante apóstol: entró en la Compañía de Jesus en el noviciado de Tréveris, el que concluido se dedicó á las letras humanas, en que hizo tales adelantos, que se habia destinado para colaborador de la famosa obra de los Bolandos que se redactaba en su Provincia. Pero abrasado en celo de la conversion de las almas pasó á esta Provincia en 1717 para ser empleado en las misiones, aún antes de haberse ordenado de Sacerdote. Desde su llegada á Veracruz se hizo notar aquel grande celo, pues todo era preguntar en dónde estaban los bárbaros, entristeciéndose cuando se veía en las grandes poblaciones y alegrándose en los caminos poco

transitados, cuando creía que conducían á las tierras de los gentiles. Recibido ya el Sacerdocio y hecha la profesion solemne de cuatro votos, se le destinó á la mision de la Tarahumara, señalándosele el lugar de Carichic que estaba en la frontera, donde estudió el idioma con otro célebre misionero, el P. José Newmann, saliendo tan aprovechado en él, que parecía serle nativo. Dado este primer paso, el más difícil para los misioneros se le envió á la mision de Tomochi, una de las más trabajosas de aquella provincia tanto por su áspera posicion, la barbárie de sus moradores, su ignorancia y pésimas costumbres, cuanto por las distancias á que se encontraban las rancherías de esa tribu de su cabecera. Pero aquel hombre apostólico se dedicó con tal teson á civilizar é instruir en el cristianismo á aquellas bárbaras gentes, que el que ántes era un campo árido que solo producía espinas, se convirtió en un jardin florido de virtudes cristianas y en uno de los pueblos ménos incultos de esa provincia: cuantos transitaban por allí no sabian qué admirar más, si el amor de los indios á su pastor, ó la santidad de vida de él, su laboriosidad y empeño por hacerlos á todos santos. Era el P. Glandorff maestro de los niños, catequista de los adultos gentiles, que á la fama de su nombre se le presentaban á recibir el bautismo y á morar en el pueblo: ya se le veía en el campo presidiendo á las siembras y cosechas, ya en las fábricas ayudando á los albañiles, ora en las casas de los enfermos asistiéndolos en sus males y curándolos con sus manos, ora celebrando sus entierros y exequias con cuanta solemnidad le era posible, por humilde y abatida que fuese la clase del difunto. En medio de tantas ocupaciones exteriores, el P. Glandorff parecía un anacoreta en el mucho tiempo que se procuraba para la oracion, en el recojimiento interior que se admiraba en él, en la austeridad y penitencia de su vida y en tal union con Dios, que su conversacion siempre era de cosas celestiales, al grado de que si alguno preguntaba sus señas á los indios, su respuesta era: "Es un Padre que siempre habla de allá arriba," ó bien: "Es un Padre que siempre habla de Dios;" expresiones que mil veces se dijeron en Europa del Santo fundador de la Compañía de Jesus. El P. Glandorff, no solamente fué un hombre ejemplarísimo por sus virtudes, y á quien puede darse el título de Apóstol por su celo en la conversion de las almas, sino doctísimo por su ciencia: asegurábase que llegó á saber casi de memoria las muchas y voluminosas obras del eximio doctor P. Francisco Suarez, y era de suma facilidad para hacer versos latinos, y de una grande elocuencia en ese idioma. Lo dotó el Señor de muchas gracias gratis dadas, y se refieren de él multitud de portentos en la curacion de gravísimas enfermedades; no pocos casos que acreditaron su espíritu profético en revelar las cosas futuras, en el conoci-

miento de las ocultas y penetracion de lo interior de las conciencias: lo que fué tan público en todo el antiguo reino de la Nueva Vizcaya, que de parajes muy distantes acudían á la Mision de Tomochi, como á uno de los más célebres Santuarios de la cristiandad, á consultar con el P. Glandorff; confesarse con él, encomendarse en sus oraciones y pedirle remedio en las más graves necesidades espirituales, y á ninguno engañó su piadosa confianza, pues todos hallaban en el venerable misionero el consuelo en las aflicciones de que se veían oprimidos. Sobre todas estas gracias, le concedió el Señor el don de agilidad, de manera que recorría grandes distancias en tan poco tiempo, que llegó á ser como un adagio de un buen caminante decirle que tenía los zapatos del P. Glandorff, y lo que es más raro, cuando iba acompañado en sus viajes de algun indio viéndolo fatigado, le daba su calzado, y de esta suerte aliviado en la caminata, lo seguía con la misma velocidad y expedicion que si no estuviera cansado. La otra gracia es aún más singular: refiérese que en los registros mortuorios que llevaba en su mision, anotaba con ciertas sentencias latinas el fin feliz ó desgraciado de aquel difunto en el juicio del Señor; de este hecho tan extraordinario existen como comprobantes los libros de aquella Mision los cuales certificó el citado Illmo. Sr. Obispo de Durango á una persona muy respetable haber visto de letra del P. Glandorff, de una manera la más clara é inteligible. Y volviendo á aquel su don de agilidad tan portentoso, él explica suficientemente dice un biógrafo, las grandes caminatas que el Padre emprendió durante los cuarenta años que gobernó aquella Mision: “el P. Glandorff, se lee en su carta edificante, atravesó á pié inmensos terrenos, vadeó crecidos arroyos y caudalosos rios, subió y bajó por asperísimas montañas y espantosos barrancos ó precipicios, siendo lo más particular, que cuando montaba alguna cabalgadura, aún cuando fuese un pequeño jumentillo, ni un instante podía permanecer sobre ella sin que le flaquease la cabeza y se viese en riesgo de caer, cuyo accidente se disipaba en un todo, desde que echaba á andar á pié. Así es como el venerable misionero recorrió como ya dijimos, caminos muy ásperos, fragosos y dilatados en la administracion de su mision, porque ella se componía de multitud de lugares que el Padre formó, distantes unos de otros, ó divididos entre sí por horrorosas quiebras, que era necesario rodear para llegar á la poblacion, ó en solicitud de sus neófitos cuando se huían á los montes, ó á otras misiones á que lo llamaba la obediencia ó lo obligaba á visitar la caridad para con los necesitados y affigidos. Porque el grande concepto de santidad de que disfrutaba el P. Francisco, era tal y tan universal, que no solamente los misioneros Jesuitas acudían á él en su Mision, ó lo llamaban á las suyas cuando estaban imposibilitados, sino aún los religiosos de la orden seráfica, que junto

con los de la Compañía cultivaban aquella cristiandad. Sabida fué en aquella época la visita que exprofeso le hicieron dos respetables sujetos de dicha orden, el Reverendo Provincial de la Observancia Fr. Antonio Rizo, y el Vicario de las misiones del Colegio de Propaganda de Zacatecas, Fr. Ignacio de Herize: uno y otro rodearon, y no poco su camino, por solo conocer al P. Glandorff; y ambos, al apartarse de Tomochi iban tan edificados de las virtudes y celo del apostólico Jesuita, que no sabian como expresar su admiracion: el primero, cuando llegó al primer curato de su religion, al preguntarle sus súbditos la causa de su demora, porque hacia algunos dias que lo esperaban, les contestó: “¿Porqué extrañais esta tardanza cuando venía á la Tarahumara? ¿Podia por ventura al poner los piés en ella, dejar perder la ocasion de conocer á un apóstol? ¡Dichosa Provincia que tiene tal misionero! ¡Dichosa religion que cuenta entre sus individuos á un varon tan santo.”—Las mismas exclamaciones hacia el segundo siempre que se ofrecía hablar de aquella materia, afirmando que ni entre los misioneros de su orden, ni de otras, á quienes había conocido y tratado, había encontrado hombre más santo ni apóstol de más celo de las almas que el P. Glandorff. Y ni entre los domésticos le faltó aquella recomendacion, porque habiendo pasado el P. José de Chavarría de Visitador general de las Misiones y detenidose algun tiempo en la de Tomochi, con ánimo muy particular de observar al P. Francisco, por la grande fama que por todas partes corría de su nombre, al llegar á la Provincia, dando razon de lo que le había pasado en su visita, así en lo particular á sus amigos, como oficialmente al Padre General, no vacilaba en decir á boca llena:—“Ya no deseo conocer al apóstol S. Francisco Javier, habiendo tratado al P. Glandorff.”—Y si en su vida como hemos visto en esta breve reseña, el P. Glandorff fué una copia viva de S. Francisco Javier, en la multitud de sus viajes por la salvacion de las almas, en el don de milagros, en el espíritu de profecía, en su amor á Dios, en las muchas gentes que bautizó, en el considerable número de templos que levantó al verdadero Dios, en su fama de hombre apostólico y en la veneracion en su persona, no lo fué menos en su gloriosísimo tránsito, siguiendo fielmente sus huellas hasta la muerte. Atacado el P. Francisco de una gravísima enfermedad en aquella su amada Mision de Tomochi, no admitió otra posada que una desabrigada choza, ni más compañía que la de un indio. Allí, abandonado de todos, luchó con las agonías de la muerte, y reconociendo próximo su fin, hizo llamar algunos misioneros Jesuitas para que le administrasen los Sacramentos; y retirados aquellos, tras pasados sus corazones con la irremediable pérdida de un hermano tan santo y de un apóstol tan ejemplar, el P. Glandorff, fijos los ojos en los cielos y estrechando en su inflamado pecho aquel devoto crucifi-

jo, que por tantos años lo había acompañado en sus apostólicos ministerios, entregó su inocente alma en manos de su Criador el 9 de Agosto de 1763, á los 75 años, once meses, veinte días de su edad, de los que había pasado más de cuarenta en las misiones. Sus venerables cenizas descansan en la Iglesia principal de Tomochi, y la fama de sus virtudes será siempre eterna para gloria suya y honor de la Compañía de Jesus, que cuatro años despues tuvo el sentimiento de verse arrancada de aquellos lugares en que tanto habian trabajado sus hijos por la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas.

En la flota de 1764 llegó á México la noticia de la temprana muerte de la Reina María Amalia de Sajonia, con la orden de que se le hicieran las exequias acostumbradas, como se hicieron en efecto, encargándose la disposicion del real túmulo al célebre pintor Cabrera y las inscripciones al P. José Julian Parreño, tan instruido en este género de literatura. El buen gusto de este trabajo arrancó grandes elogios al público, pero no pudieron suavizar la pena que sintieron los Jesuitas con aquella muerte, por perder en la prudente y virtuosa Soberana un firme apoyo, al mismo tiempo que por todas partes se levantaban Jezabeles en contra de su inocencia. Debe observarse aquí, que aún cuando la expresa la reina había fallecido desde 1760, como hemos dicho en su lugar, en México no se tuvo noticia hasta entonces por la guerra que en ese tiempo se había declarado por España á Inglaterra, que con una fuerte escuadra asediaba á la Habana, la que tomó en fin en 13 de Agosto de 1762, apresándose por este motivo, como advierte el P. Cavo los avisos que de la Península española se dirigían á dicha isla para Nueva España; de manera que nada se sabia en México de lo que pasaba en ultramar, ni aún la toma de la Habana hasta el arribo de un navío inglés mandado por el capitán Linksay á Veracruz, que llegó por aquellos días y traía la noticia de haberse celebrado la paz, la que fué confirmada por los despachos que condujo la flota de que acabamos de hablar.

A estas lamentables pérdidas experimentadas en la Provincia, y á las persecuciones padecidas por ella en las ciudades populosas, se agregaron otras en las misiones, especialmente en las de California, que como las más recientes y no enteramente sistemadas, ocupaban la atención de los Superiores. Los demás establecimientos guardaban un estado casi igual al del año de 1747, en que por una cédula del rey Fernando VI de 4 de Diciembre del mismo, concediendo á los Jesuitas que dimitieran las misiones de Topia y Tepehuana para emplearse en otras de infieles, conforme á lo que le había pedido el P. Provincial por medio del Virey, se habian entregado al Obispo de Durango veintidos pueblos para el clero secular. Así es que nada ocurría de nuevo en estas últimas misiones, sino los repetidos

viajes de algunos misioneros á la feroz tribu de los apaches, con poco fruto aunque con sumo peligro de los comisionados á ese fin, como refiere el P. Rivas en su obra: *Apostólicos afanes*, en su conclusion. No así las de las California que por ese tiempo eran el blanco de conmociones interiores y escursiones de los inquietos pericues.

Fueron sin duda, escribe el P. Clavijero, grandes los males causados en la parte austral por la rebelion de los pericues y por las enfermedades epidémicas que redujeron la poblacion á la sexta parte. Pero todos ellos se aumentaron, y sobre todo las imputaciones contra los misioneros con el motivo siguiente. En el año de 1748 se comenzó la explotacion de una mina de plata, nueva calamidad para aquellas misiones y nueva fuente de desórdenes y de afanes. Don Mannel de Osio, soldado antiguo del presidio de Loreto, se había licenciado de la milicia para hacer fortuna en la pesca de perla, con la que efectivamente enriqueció; pero viendo despues que la pesca no era muy útil porque comenzaban á faltar las perlas, se dedicó á trabajar una mina de plata en un lugar de la Península llamado Sta. Ana á doce leguas de la mision de Santiago, y con ese fin llevó operarios de la Nueva España. Más como no llevó tambien un sacerdote que cuidase de ellos, fué preciso que el misionero de Santiago hiciese con ellos de párroco, trasladándose allá con frecuencia á decir Misa y administrarles los Sacramentos, cuyo trabajo se aumentó en 1756, cuando se comenzó á trabajar la mina de S. Antonio, aún más distante de aquella mision. El misionero hacia estos servicios por el solo bien de aquellas almas y sin la menor utilidad temporal, tanto que en vez de percibir alguna recompensa, debía por lo regular llevar que comer, no solo para sí y para los neófitos que le acompañaban, sino tambien para algunos de aquellos pobres operarios. A pesar de esto, el Superior de las misiones temiendo que los enemigos de los Jesuitas para calumniarlos tomasen pretexto de aquello mismo que se hacia solamente por caridad, hizo tales instancias á Osio, que le obligó á solicitar en Guadalajara un sacerdote con las facultades necesarias para que hiciese de párroco en la misma; pero habiéndose disgustado este á los dos ó tres años, se volvió á su patria, y como no se halló otro que quisiese sucederle, fué preciso que el misionero de Santiago volviese á tomar sobre sí aquella afanosa carga.

Faltando víveres á los operarios y no teniendo donde comprarlos, para proveerse no podian ménos que ocurrir á las misiones de Santiago y Todos Santos que eran las más cercanas. Los misioneros no querían venderles sus provisiones, porque las necesitaban para sus neófitos y porque ciertamente no debían dejarse vencer, para obligar de esta manera á Osio á abandonar aquellas minas poco útiles para él y muy perniciosas al nuevo cristianismo, ó á solicitar en otra